MAGALLÁNICA, Revista de Historia Moderna: 4 / 7 (Dossier)
Julio-Diciembre 2017, ISSN 2422-779X

PRESENTACIÓN: "POR UNA HISTORIA CONECTADA. APLICACIONES DEL ANÁLISIS RELACIONAL."*

PRESENTATION: "FOR A CONNECTED HISTORY. APPLICATIONS OF RELATIONAL ANALYSIS".

José María Imízcoz Beunza
Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea, España.

Recibido: 03/12/2017.
Aceptado: 27/12/2017.

José María Imízcoz Beunza es catedrático habilitado en Historia Moderna. Doctor por la Universidad de París-Sorbona, ha sido profesor en la Universidad de Borgoña (Francia) y luego en la Universidad del País Vasco. Es autor de varios libros y de numerosos artículos científicos, director de una decena de obras colectivas, investigador principal de una docena de proyectos de investigación y director de una docena de tesis doctorales.
Ha llevado a cabo una reflexión teórica sobre actores, redes y procesos de cambio, y un trabajo metodológico y documental sobre análisis de redes sociales y explotación de la correspondencia epistolar. Su investigación se ha centrado en la evolución de las comunidades campesinas en la larga duración, la sociedad urbana, las élites vascas y navarras en la Monarquía hispánica durante la Edad Moderna, las élites de la modernidad política y cultural en el siglo XVIII y los procesos de cambio y las resistencias al cambio, de la "sociedad tradicional" a la revolución liberal. Enlace de Academia.edu: https://ehu.academia.edu/Jos%C3%A9Mar%C3%ADaImizcoz Correo electrónico: jm.imizcoz@gmail.com

* Proyecto de Investigación del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España HAR2013-48901-C6-4-R, "El proceso de la modernidad. Actores, discursos y cambios, de la sociedad tradicional a la revolución liberal, s.XVI-1850". Grupo de investigación del Sistema Universitario Vasco IT896-16, *Sociedad, poder y cultura (siglos XIV a XVIII)*.

PRESENTACIÓN: “POR UNA HISTORIA CONECTADA. APLICACIONES DEL ANÁLISIS RELACIONAL.”

Los hombres y las mujeres en sociedad son los sujetos de toda historia, los actores de una historia que es al mismo tiempo política, económica, cultural y religiosa. (BLOCH, 1952 [1949]: 117-118) Por lo tanto, partiendo de ellos, tiene que ser posible construir una historia que aporte una percepción conectada de las dimensiones plurales de su devenir. Para perseguir este objetivo, hemos propuesto un paradigma unificador, al que llamamos “análisis relacional”. (IMÍZCOZ BEUNZA, 2017)

Este consiste en una investigación de tipo inductivo cuyo punto de partida es la observación de las acciones de los actores efectivos, las personas, para descubrir, a partir de sus interacciones, cuáles eran sus configuraciones sociales. Las fuentes documentales revelan continuamente estas acciones e interacciones. En ellas, los actores sociales están situados en sus contextos; esto es, son personas que interactúan no solamente con otros individuos, sino consigo mismo y con todo lo que les rodea: las instituciones, las ideas, las normas, los recursos, la economía, las creencias, los valores, las estructuras del sistema, en definitiva, con todo aquello que “es llevado” por los propios individuos. (BERGER y LUCKMANN, 2001)

Siguiendo a estos actores en el tiempo, observamos también las dinámicas colectivas que construyen con sus acciones, mediante su cooperación y sus conflictos. Esto nos permite explicar los procesos de cambio y las permanencias desde la agencia de los actores que los producen efectivamente y no desde categorías y clasificaciones exteriores a la observación. De este modo, el historiador escapa a la predeterminación de las clasificaciones sociales a las que los grandes paradigmas unificadores del siglo XX atribuyeron la agencia histórica y “el sentido” de la historia, de forma más o menos determinista y teleológica. Este análisis inductivo permite construir categorías más pertinentes (GRIBAUDI, 1996: 127-129), y probablemente explicaciones alternativas,

en la medida en que resulten de la observación de la agencia de los actores efectivos de la historia. (BOLTANSKI y THÉVENOT, 1991)

El análisis relacional observa las conexiones de los individuos con el conjunto de actividades y esferas en las que estos actúan, cooperan o se enfrentan, en el ámbito político, institucional, económico, intelectual, social, religioso. Estos “campos” son habitualmente objeto de estudios sectoriales que tienden a producir *items* desconectados o con escaso anclaje social. El problema no es la especialización investigadora, necesaria y tantas veces sobresaliente, sino plantear cómo podemos conectar nuestros objetos de investigación a su propia globalidad, a la pluralidad de dimensiones que les daría su pleno sentido, pero que un abordaje temático “plano” corre el riesgo de no ver. La observación de los actores en todas sus dimensiones revela una historia poliédrica, transversal, en la que ellos mismos nos muestran las conexiones entre las diferentes esferas en las que actúan simultáneamente. Esto permite reconectar las historias sectoriales que la historiografía académica separa habitualmente en campos y temas. Pero reconectarlas no desde un modelo de determinación, exterior a la observación, o desde ingeniosos “tetris” intelectuales, empeñados en ensamblar *a posteriori* piezas prefabricadas, sino desde la misma observación empírica, desde la “coherencia interna” y específica que revelan los actores de la historia con sus acciones e interacciones en cada momento, en cada lugar.

Estos planteamientos nos llevan a desear una historia social de las ideas, en que los autores y sus obras no sean pequeños islotes aislados de los continentes sumergidos de los que forman parte y que explican en buena medida su emergencia. Se necesita una historia social de las ideas para averiguar en qué entornos sociales se producen los cambios políticos, ideológicos, culturales y, al contrario, qué sectores los rechazan y combaten, o cuáles simplemente no entran en contacto con ellos y permanecen al margen.

Es necesaria así mismo una historia social de los valores. ¿Por qué lo que hasta un momento parecía bueno (vasallo, señor, criado, servicio, obediencia) se convierte en negativo y lo que parecía abominable (revolución, democracia) se transforma en bueno y deseable? (FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, 2010: 146-148) Si determinados valores son propios de un grupo y buenos para sus miembros, ¿por qué y cómo cambian? ¿En qué

espacios sociales valorativos se producen estos cambios y en cuáles no? ¿Cómo y por qué?

Es preciso también conectar los actores con los cambios de civilización (en la educación, los modales, el gusto, la vida material, las prácticas culturales, la apertura a las novedades) ¿En qué entornos sociales específicos se transforman los comportamientos o, al contrario, se rechazan las novedades o, simplemente, qué sectores quedan al margen de ellas, enclavados en la inercia de sus tradiciones?

Es necesario, en fin, conectar a los actores con las estructuras del sistema. Si las estructuras preexisten a los individuos y los condicionan, ¿no es menos cierto que estas se modifican por la acción de los actores y, por tanto, pueden ser observadas como un efecto emergente de redes sociales? ¿Por medio de qué “genealogía social” de los grupos de actores podemos reconstruir las dinámicas colectivas que estos producen a lo largo del tiempo, y, a través de ellas, entender los procesos históricos de cambio que acaban prevaleciendo?

Pero esta historia es diferencial. Cuando observamos un periodo como el siglo XVIII, hecho de contradicciones y de contrastes, no basta con hacer una media aritmética de cambios y permanencias para encontrar el justo medio. La sociedad no es un todo que se pueda dividir en partes y subpartes, sino un conjunto de redes socio-espaciales de poder que tienen desarrollos específicos, que pueden ser paralelos o tangenciales, hasta que se encuentran y producen síntesis o, al contrario, desencuentros y conflictos más o menos violentos. (MANN, 1991) Por lo tanto, es necesario observar en qué redes sociales, por quiénes, en qué experiencias y encuentros, y cómo se producen determinados cambios, y qué sectores permanecen al margen, cuáles se oponen a ellos, cómo y porqué.

En definitiva, escribir la historia desde los actores que la producen, a partir de sus acciones, interacciones y relaciones con sus contextos, permite percibir la globalidad de sus dimensiones, las conexiones entre espacios, instituciones y esferas (entre lo político, lo económico, lo social y lo cultural) y reconstruir sus diacronías para explicar cómo los hombres y mujeres producen procesos históricos diferenciales, todo ello desde su coherencia interna, desde sus lógicas y contradicciones propias, y no desde modelos predeterminados exteriores a la observación.

Nuestra experiencia práctica de una “historia conectada” parte del seguimiento intensivo de actores procedentes de las tierras vascas que, al filo de intensos procesos de movilidad geográfica y social, desde mediados del siglo XVII, se establecieron en la península y en todo el imperio español, fueron agentes principales de la economía atlántica, destacaron entre los cuadros políticos, militares y financieros de la monarquía borbónica en el XVIII y produjeron élites ilustradas, cosmopolitas y civilizadas en la segunda mitad de la centuria. La correspondencia privada de estos actores nos reveló las conexiones entre ellos, por encima de los “marcos geográficos”, cómo cooperaban en la distancia y cómo interactuaban con las familias que permanecían en la comunidad de origen. Esto nos descubrió las conexiones efectivas entre las provincias, la corte y el imperio, una geografía política, económica y cultural diferente de la que nos habían contado. La documentación de estas familias mostraba el flujo de intercambios que circulaba en estas redes a escala de imperio, entre lo global y lo local, entre el rey y la aldea, y cuáles fueron las consecuencias de estos flujos en las transformaciones económicas, sociales y culturales en la esfera local. Descubríamos también cómo estos cambios fueron profundamente diferenciales y tuvieron mucho que ver con la producción de contrastes locales crecientes, del siglo XVIII a la primera guerra carlista. (IMÍZCOZ BEUNZA y ARTOLA RENEDO, 2017)

El seguimiento de los actores sociales nos ha llevado a observar sus interacciones en diferentes planos, espacios y temporalidades, sus relaciones con las instituciones, las ideas, el gobierno, las economías, las actividades, las culturas, los modos de civilización. A su paso, iban conectando muchas cosas que en nuestra historiografía estaban desconectadas. Nos mostraron la conexión de escalas, de lo local a la corte y al imperio; de la comunidad al comercio atlántico, al gobierno de la monarquía y a la economía del Estado. Nos introdujeron en la formación de la clase política del reformismo borbónico, en la producción de las élites de la Ilustración española, en la quiebra del Antiguo Régimen y la revolución liberal. En cada momento nos obligaban a leer sobre nuevos campos, a confrontarnos con verdades establecidas, a replantear nuevas problemáticas.

El seguimiento de estos actores no empezó desde arriba, desde el trono del rey, el gobierno de la monarquía o el discurso de los sabios, desde donde se mira hacia abajo y todo puede parecer simple. Empezó desde abajo, desde las bases de la sociedad, desde

los humildes y complejos entramados de las comunidades. Nuestros actores nos condujeron hacia arriba, pero también nos llevaron a un camino de vuelta, de las élites cosmopolitas, ilustradas y reformistas de la modernidad occidental a la producción de fracturas internas en el seno de las comunidades locales. En este camino, los propios actores nos han conducido a plantear modelos alternativos a la hora de explicar los cambios históricos de la modernidad occidental y las resistencias al cambio.

En suma, el seguimiento nominativo de unos actores, de sus redes de relaciones y de sus genealogías sociales nos fue llevando a un panorama cada vez más complejo, más poliédrico, en que los hombres y mujeres nos fueron mostrando, de conexión en conexión, caras ocultas que no se veían al mirar a través de clasificaciones y categorías analíticas estancas, de lentes sectoriales y localistas que las desconectaban del resto de la realidad. Estas reconexiones no dejan intactos los objetos de estudio. Conectados con su realidad poliédrica, los “ítems” de la historia “plana” cambian de contenido y de significado. Lo hemos mostrado revisando *items* como los ilustrados vascos, el Seminario de Vergara, la hegemonía local, la emigración, el cambio lingüístico, la alfabetización, las congregaciones nacionales, las compañías privilegiadas de comercio… y se vuelve a mostrar en algunos aspectos del presente trabajo.

En este dossier tratamos de la formación de la clase política, económica y cultural del reformismo borbónico. Como mostró E.P. Thompson, al analizar la formación de la clase obrera en Inglaterra, la historia comienza por las experiencias y encuentros de los actores. (THOMPSON, 1977: 15) En estas experiencias compartidas se forman afinidades y conciencias sociales, culturas en común, dinámicas colectivas que se pueden institucionalizar, dando lugar a formas de organización social, política y cultural. De forma análoga, planteamos que los sectores que participaron más intensamente y con mayor continuidad en las carreras del reformismo borbónico se transformaron sustancialmente. Se alfabetizaron, estudiaron en centros de élite, fueron pioneros en la ilustración española, adoptaron los usos “civilizados” propios de las elites cosmopolitas occidentales, adquirieron una nueva cultura política y se hicieron reformistas. (IMÍZCOZ BEUNZA, 2017)

Con el objeto de servir de contexto general, José María Imízcoz empieza planteando, en “La clase política del reformismo borbónico”, la formación con los Borbones de una clase política ministerial y la recomposición de las jerarquías políticas

y sociales que este cambio conllevó. Observa sus rasgos sociales y culturales, explorando su composición, reclutamiento, endogamias internas, valores, perfil ilustrado y reformista. La hipótesis general es que el cambio político del XVIII vino de la mano no de una burguesía, sino de los sectores administrativos, económicos e intelectuales más vinculados a la construcción del Estado contemporáneo. En el contexto de la revisión historiográfica sobre la permanencia de la monarquía jurisdiccional, estos cambios llevan a reevaluar el significado del reformismo borbónico de la segunda mitad de la centuria, aunque se tratara de cambios diferenciales.

José María Imízcoz y Daniel Bermejo, en “Genealogía social de una clase dirigente”, reconstruyen la evolución de un sector importante de la clase política y económica española, desde su emergencia a comienzos del siglo XVIII hasta su crisis final. En un primer momento, se observa la elevación al gobierno de la monarquía de una serie de grupos de parentesco, originarios del norte hidalgo de la península, en el contexto de la reordenación de las élites del reino que llevó a cabo Felipe V. Los miembros de estos grupos se establecieron en las más elevadas posiciones de la administración real, el ejército y las finanzas de la corona. A continuación, se analizan los mecanismos que permitieron a estas redes reproducirse en lo más alto de la clase dirigente a lo largo de todo el siglo. Por último, se observa la desestabilización y el desclasamiento que sufrieron estos grupos con la crisis de la monarquía, desde el reinado de Carlos IV hasta la primera guerra carlista.

Rafael Guerreo y Griselda Tarrago, en “La articulación de los territorios de la Monarquía”, analizan las tramas de relaciones que tejían, a escala de imperio, el mundo social y político de la monarquía agregativa de la primera mitad del siglo XVIII. Este universo complejo es percibido a través de las redes de relaciones de los agentes del rey que participaron en los proyectos de transformación del primer reformismo borbónico. La acción de los servidores del monarca (virreyes, gobernadores militares, hombres de negocios) se articuló en una multiplicidad de ámbitos simultáneos de gestión política, conectando la Corte con las provincias y con los espacios americanos, y vinculó los objetivos del rey con los intereses particulares de determinados grupos y con la lógica de la fidelidad personal. La observación de este proceso en el Río de la Plata muestra la construcción de una territorialidad más controlada, pero también que esta nueva

espacialidad hubo de hacerse en continuidad con los mecanismos relacionales propios de la monarquía agregativa y negociada y no, como se ha supuesto, en ruptura con ellos.

Naiara Gorráiz, en “La clase política en la Orden de Carlos III”, analiza la distribución de las distinciones de esta nueva Orden entre 1771 y 1808, y, más específicamente, en el sector del personal de las Secretarías del Despacho, centro del gobierno ministerial de la monarquía borbónica. El servicio al rey fue la base de la promoción de un grupo selecto de personas en torno al monarca, pero la observación de los testigos que avalaban los méritos de los pretendientes y la comparación entre los candidatos recompensados y los rechazados, revela la importancia decisiva de las relaciones endogámicas en el seno de esta clase política.

Antonio Martínez Borrallo, en “Comerciantes vascos en los Cinco Gremios Mayores de Madrid” muestra el papel destacado que jugaron miembros de grupos familiares vascos como directores y accionistas de esta Compañía, que fue el principal grupo comercial, industrial y financiero de la monarquía española en la segunda mitad del siglo XVIII. En un segundo momento, el trabajo analiza el proceso de formación de redes familiares que permitieron a sus miembros dar el salto desde el mundo rural al comercio, y de ahí a la administración borbónica y a la obtención de títulos nobiliarios, en un lapso de dos generaciones, tomando como base el caso de la familia de los Heros.

José María Imízcoz y Javier Esteban Ochoa de Eribe, en “Gobernando la civilización”, buscan conectar los cambios civilizadores del siglo XVIII con los entornos sociales en que se produjeron. Observan cómo los sectores de las élites vascas y navarras que participaron más activamente en las experiencias del reformismo borbónico se transformaron política y culturalmente, adoptando ideas ilustradas, costumbres civilizadas y prácticas cosmopolitas. Estos sectores se diferenciaron de otras élites de su entorno ajenas a estas experiencias así como de los sectores populares, produciéndose así una fractura en el seno de la comunidad que rompía las convenciones compartidas hasta entonces.

Bibliografía

BERGER, R., y Th. LUCKMANN. (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires. Amorrortu.

BLOCH, M. (1952 [1949]). *Introducción a la Historia.* México. Fondo de Cultura Económica.

BOLTANSKI, L., y L. THÉVENOT. (1991). *De la justification. Les économies de la grandeur*. Paris. Gallimard.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. (2010). "Las revoluciones hispánicas. Conceptos, metáforas y mitos." En: R. CHARTIER, R. DARNTON, J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y E. VAN YOUNG. *La Revolución Francesa: ¿Matriz de las revoluciones?*. (131-223). México. Universidad Iberoamericana.

GRIBAUDI, M. (1996). "Echelle, pertinence, configuration." En: REVEL, J. (dir.). *Jeux d'échelle. La micro-analyse à l'expérience*. (112-139). París. Gallimard.

IMÍZCOZ BEUNZA, J. M. (2017). "El paradigma relacional. Actores, redes, procesos para una historia global." En: M. BERTRAND, F. ANDÚJAR CASTILLO y Th. GLESENER. (eds.). *Gobernar y reformar la monarquía. Los agentes políticos y administrativos en España y América (siglos XVI-XIX)*. (65-80). Valencia. Álbatros.

IMÍZCOZ BEUNZA, J. M. (2017). "Una modernidad diferencial. Cambio y resistencias al cambio en las tierras vascas, 1700-1833." *Historia Social*, 89, 2017: 79-102.

IMÍZCOZ BEUNZA, J. M., y A. ARTOLA RENEDO. (2017). "Dossier Redes sociales, procesos de cambio cultural y conflicto en las provincias vascas y Navarra (1700-1839)." *Historia Social*, 89.

MANN, M. (1991). *Las fuentes del poder social.* Madrid. Alianza.

THOMPSON, E. P. (1977). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona. Laia.